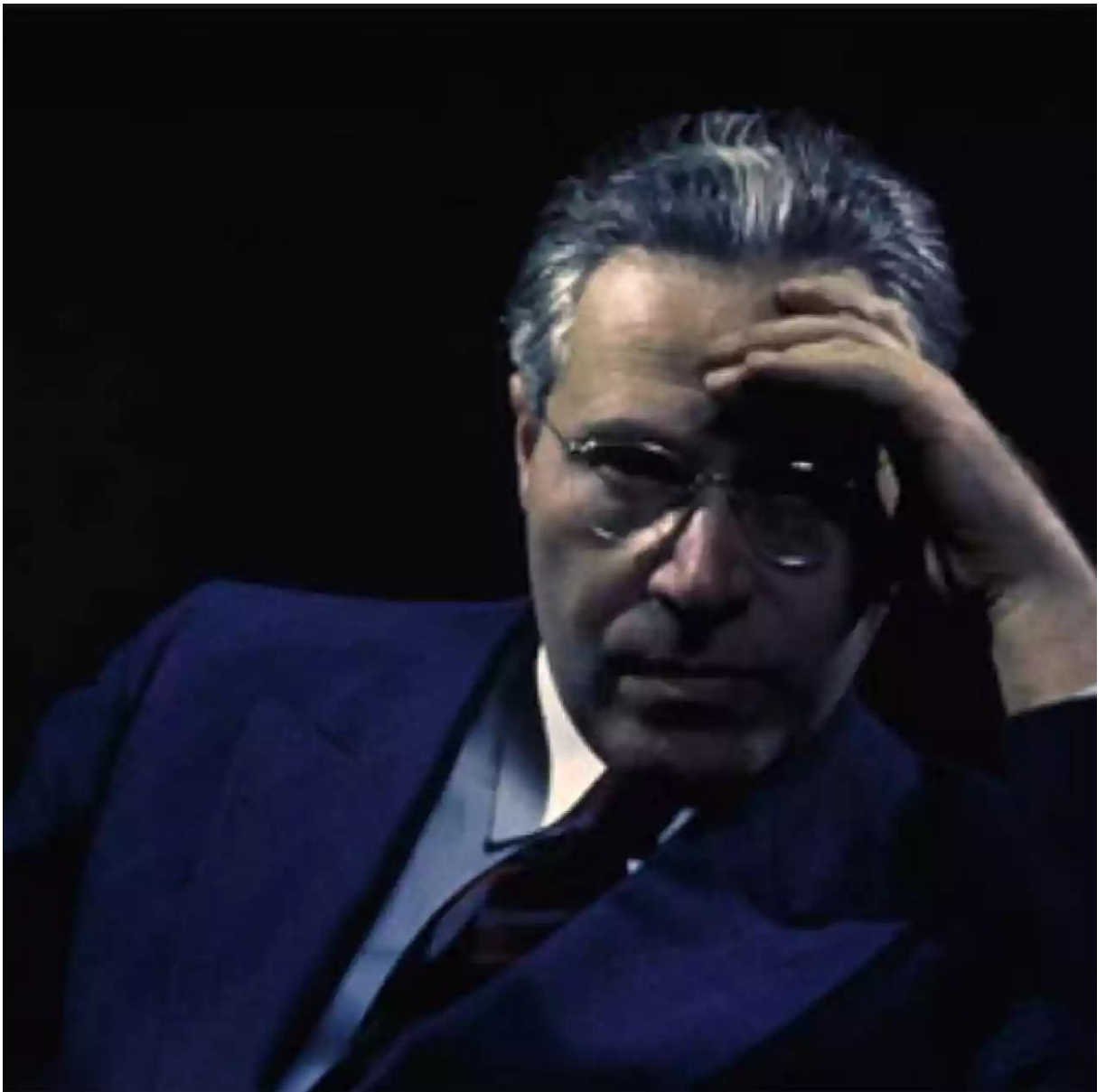


Laszló Moholy Nagy y la gramática del diseño moderno

Por María Eugenia Guerra Meza

El teórico húngaro del arte dedicó gran parte de su trabajo al estudio de esta disciplina.

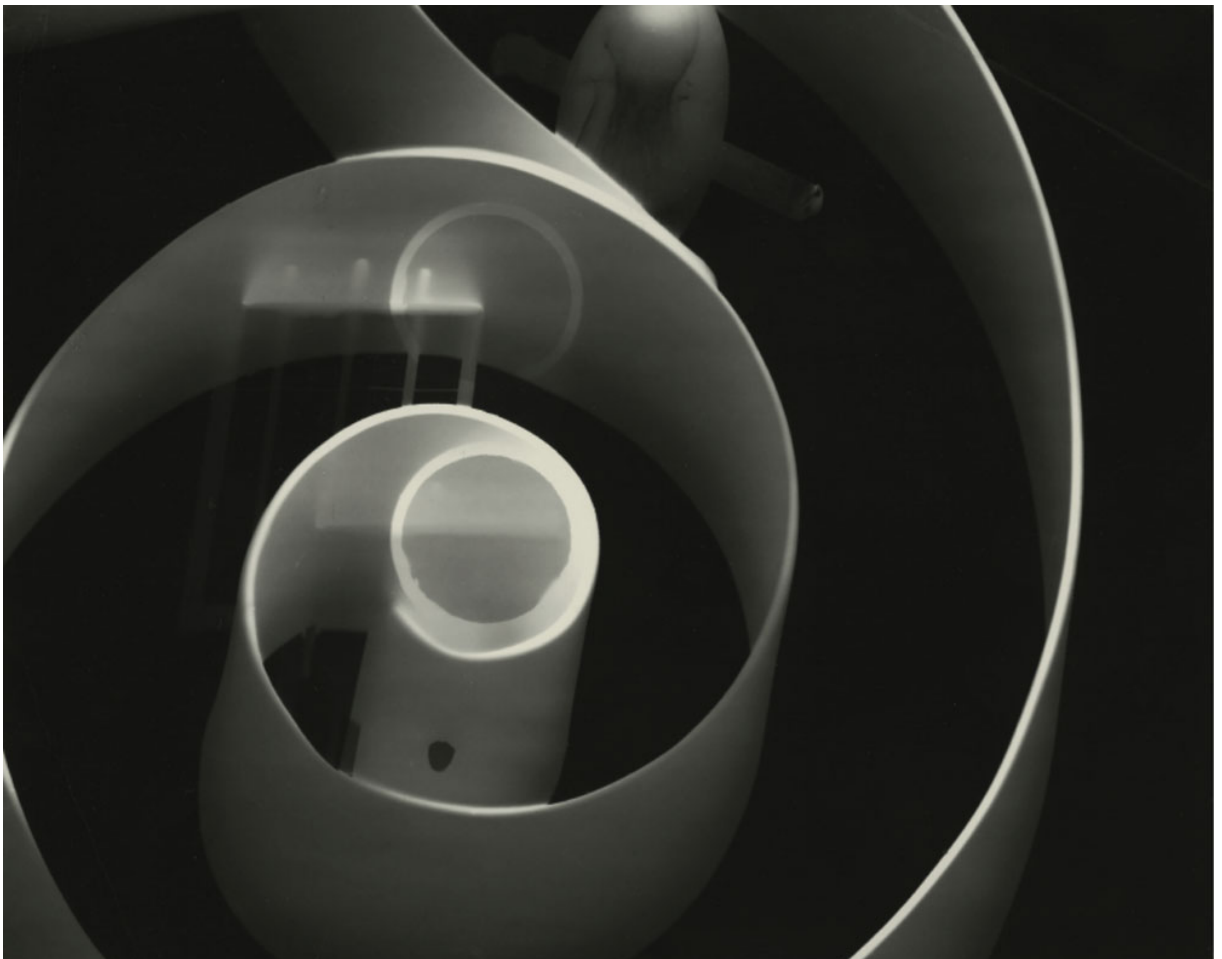


Laszló Moholy Nagy, profesor de la escuela Bauhaus, universidad de arte fundada por Walter Gropius en Alemania, en 1919 promovió el trabajo de grupo, desechó el antiguo concepto de escuela y estableció una comunidad de trabajadores-estudiantes, quienes aprendían «no para

la escuela, sino para la vida» (Moholy Nagy, p. 29). El siglo XX trajo nuevas invenciones, materiales, métodos de construcción y ciencia y «nuevos problemas exigían conocimientos más exactos» (Moholy Nagy, p. 30).

Fueron los artistas de vanguardia quienes osaron proclamar el concepto de rectitud funcional. Sullivan y Adler afirmaron: «la forma sigue a la función» (Moholy Nagy, p. 31). Gropius reintegró a los artistas a la actividad diaria del país, unificando arte, ciencia y práctica.

Utilizando las nuevas herramientas, alumnos y maestros del Bauhaus crearon diseños que influyeron decisivamente en la producción masiva y en la remodelación de la vida cotidiana. Ejemplo de esto son los utensilios de uso doméstico, aparatos eléctricos, textiles, la nueva tipografía, la fotografía moderna, etc. En el curso elemental se buscaba despertar la capacidad emocional e intelectual del alumno que lo llevara a la labor creadora, lo cual no significaba que estaba haciendo arte, pues «El arte es la más alta expresión de una época cultural, un nivel que no puede ser forzado por ningún medio» (Moholy Nagy, p. 33).



En los talleres del Bauhaus se experimentaba con diferentes materiales, orientando el trabajo hacia la producción en serie. Las experiencias táctiles, la manipulación de los materiales, tenían como fin acercar al estudiante al conocimiento de características como resistencia, temperatura y oxidación entre otras, desde el punto de vista tecnológico y artístico.

Todo este trabajo hubiese carecido de sentido si no fuera porque se tenía el objetivo de llegar a la aplicación premeditada, pues sólo la aplicación racional y la incorporación armónica de los materiales podría llevar al tratamiento más acertado para la producción de aparatos eléctricos, embalajes, encuadernación de libros, etc. Cada objeto, ante todo, debía cumplir una función, «y establecer una relación significativa con el ambiente que lo rodea» (Moholy Nagy, p. 47).



En toda labor creadora existe alguna esfera en la que la función no determina la forma,

permitiendo el juego libre de la imaginación. En ese caso se requiere poseer una «seguridad instintiva y una profunda comprensión [...] compleja combinación de experiencia, imaginación y fantasía [...] desarrollada en el subconsciente» (Moholy Nagy, pp. 47 y 48).

Entre los diversos preceptos estéticos del arte existen reglas establecidas en búsqueda de las proporciones correctas, como la división de superficies que facilita la organización armónica de elementos y el uso de formas y colores. En el caso de la arquitectura, el fin era lograr que una pared se viera de mayor o menor espesor según el objetivo de su creador. Por eso para Moholy Nagy el proceso de la creación artística requiere de la intuición, pero es básico el análisis consciente, el juicio reflexivo y el criterio que permita la selección de formas adecuadas para la función determinada.

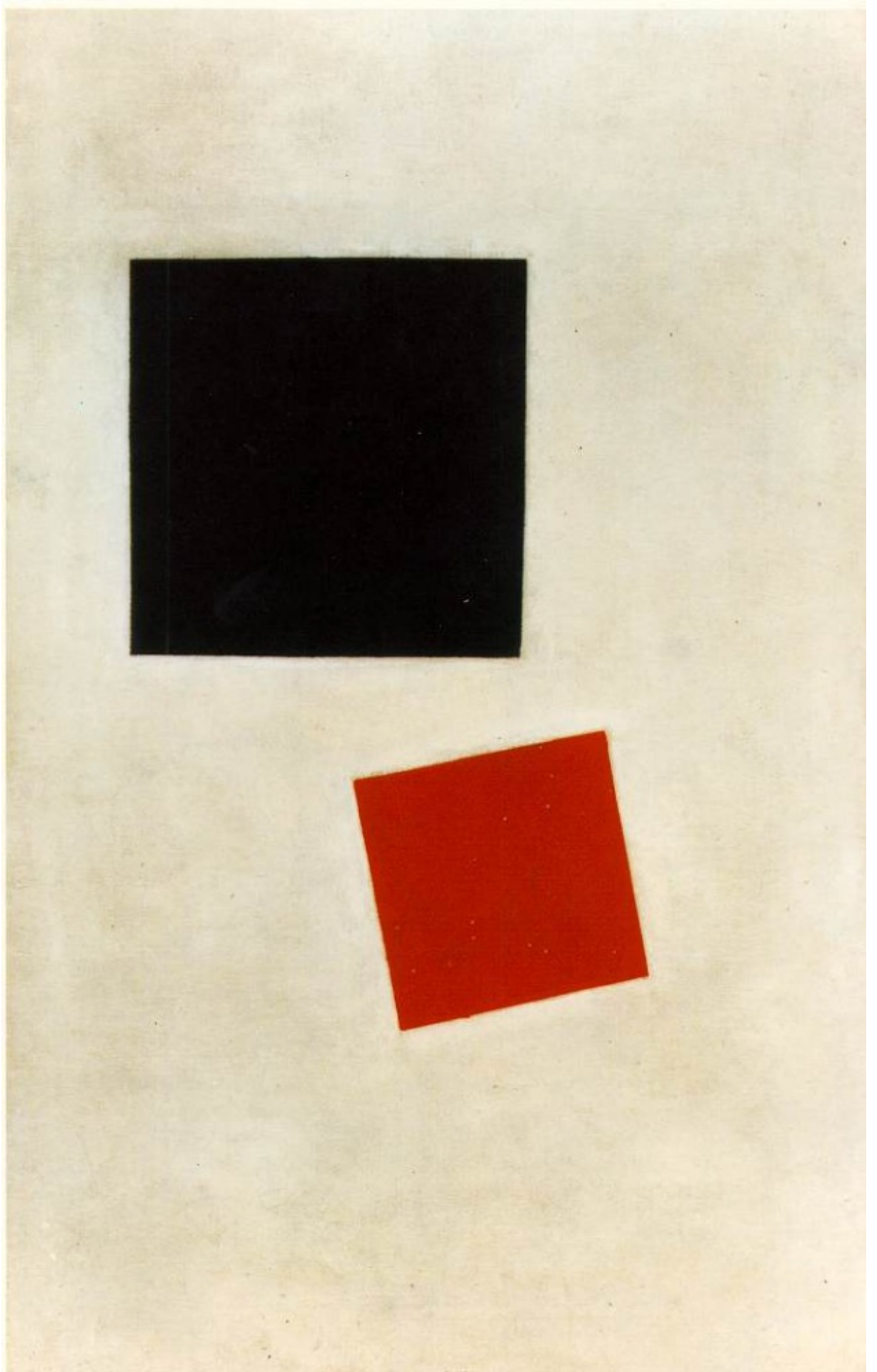
En coincidencia con Kandinsky, Moholy Nagy distingue la composición de la construcción, dos fases de un mismo problema. La construcción implica dirigirse a un objetivo conocido con un fin predeterminado antes del proceso creativo y requiere de un gran caudal de conocimientos, lo que no supone la omisión de la inspiración intuitiva. Por otro lado, la composición «es el producto de la más alta valoración subjetiva de los elementos y de sus relaciones» (Moholy Nagy, p. 50). Requiere el conocimiento profundo de la forma y el color en interacción con el espacio, es decir, su gramática.

Moholy Nagy considera al arte como el «íntimo lenguaje de los sentidos» (p. 51), que vincula al hombre con sus semejantes; como la búsqueda intuitiva del equilibrio ausente en nuestra vida emocional, intelectual y social, donde el problema principal del artista es «hallar los elementos adecuados al contenido» (Ibid).

Moholy Nagy hace un recuento de los distintos usos gramaticales de algunas corrientes artísticas, en ese momento tan diversas como las formas de percepción y de representación del espacio. Considera a los cubistas y poscubistas como parte de la revolución que transformó la representación antigua del espacio, basada en la organización de planos paralelos, generando una nueva realidad espacial, sin tomar ya en cuenta a la naturaleza como modelo.

Los expresionistas con su arte abstracto utilizaron «el color como existencia en sí misma» (Moholy Nagy, p. 60), creando una nueva tensión visual, presente a partir del calor y la frialdad de los colores, de su pesadez o su ligereza y de la proximidad y la distancia, en energías centrífugas y centrípetas.

Los neoplasticistas, suprematistas y constructivistas, ya lejos del deseo tradicional de imitar la naturaleza, buscaban otros medios para reflejar orden y armonía, dando una nueva valoración al color, su energía óptica en el manejo de ilusiones visuales e «imágenes persistentes». (Moholy Nagy, p. 61).



Negro y la Plaza roja: Malevitch